La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI. | DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. | PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53. | COLABORADORES: Todos los suscritores. | NÚM. 479.

MURCIA 25 DE JUNIO DE 1899.

La Juventud Literaria

PALIQUE

—(»=«)—

Por fin llegó el verano: los horchateros han entrado en funciones y los trajes de hilo y algodon han reconquistado su imperio, que desapareció en Septiembre.

Los calores tienen enardecidos los ánimos de los padres de la patria, y el Senado y el Congreso estan convertidos en sucursales de la ribera del Manzanares; pero conviene fijar la atención, sobre el hecho de que estos ardores no los demuestran los senadores y diputados en defensa de los intereses públicos, sinó en ponerse, mútuamente, de oro y azul, llamándose unos á otros una porción de "cosas malas,,.

Por supuesto que todos tienen razón.

El ministro de Hacienda ya ha dado á luz los presupuestos perfectamente nivelados y aun con su pequeño *superabit*, allí en el papel; *superabit* que, á pesar del aumento que se proyecta en varios impuestos, se convertirá luego en desastroso *déficit* como es uso y costumbre, y ¡vamos regenerándonos!

Cuando la desesperación se apodere de todos los pechos, y los abusos colmen la medida del sufrimiento popular, y el hambre llame á las puertas de los pobres, todos caeremos en la cuenta de haber pecado unos por criminales y otros por abandonados.

Ese momento supremo se aproxima fatalmente para nuestra patria.

CHISPAZOS

—Coge los libros, hijo,
estudia sin descanso,
y serás, con el tiempo,
alcalde, diputado,
gobernador, ministro
ó jefe del cotarro.
—Para eso no hace falta
calentarme los cascos,
puesto que usted no ignora
que el vecino de abajo
escribe hombre sin h
¡y ha sido diputado!

* * *

—¿Qué te gustaría, amigo?
—Me gustaría vivir...
—¿En la costa, en el verano;
y en el invierno, en Madrid?
—Lo que á mi me gustaria
és vivir... sobre el pais.

* * *

—Para salir diputado
empeñó usted las alhajas
y abandonó por completo
los negocios de su casa.
Y siendo un cargo honorífico,
dígame usted ¿qué ventajas
reporta ser diputado?
¿Calle usted? ¡Mucho mé extra(ña!
—Callo, porque esas son cosas
que por sabidas se callan.

VICENTE RUBIO.

LOS MUÑECOS

Con la cabeza descansando en ambas manos, los codos apoyados en la enorme mesa de trabajo, casi totalmente cubierta de libros y cuartillas, y los ojos clavados en el techo como queriendo que la mirada lo atravesase para subir más alto, meditaba el filósofo, solo en el polvoriento gabinete á que no llegaban los más ténues rumores, como si una legión de ideas escapándosele del cerebro, hubiera ido á formar en la entrada inmaterial barrera no franqueable para el murmullo vano de la prosáica humanidad que bullía fuera.

Pensaba... ¿en qué?

Algo grande y puro brillaba en su frente que transfiguraba al obrero de la inteligencia. Tal vez soñaba en mundos ideales donde el amor y el bien siempre reinasen: acaso, en un delirio sublime de genio, vió al mismo mundo miserable que habitamos, apretar sus moleculas, empequeñecerse, ir poco á poco sepultándose en su cabeza entreabierta para recibirlo; y brotar otra vez regenerado, noble, sin odios ni maldades.

Sí, eso soñaba: al fin, como impulsado por una fuerza irresistible, comenzó á hablar. No le escuchaba nadie... ¿Y qué le importaba?

—El bien, la caridad, la *luz*, vendrán al cabo; correrán los tiempos, *sentirán* los hombres, y cuando, allá, en siglos remotísimos el Angel del Progreso tienda sobre la tierra sus irisadas alas y se confundan la humanidad en un pueblo, el pueblo en una familia, la familia en un ser; cuando aprendan los niños á ser viejos, *habrá amanecido el gran dia.*

Y volvió á callar: y en el silencio augusto del gabinete empezó á sentirse un rumor ténue, confuso, dulce como si aletease sobre la blanca cabeza del anciano el Angel del Progreso que soñaba.

Y el sabio iba pensando, y el rumor crecía, y ya no era blando batir de alas como el vuelo de un angel sino alegre reir de niños, como el trino de un pájaro.

De pronto, se escuchó el ruido vigoroso, potente: se abrió de par en par la puerta con estrépito y en un torrente de luz que iluminó la estancia aparecieron envueltos dos chiquitines rubios, alegres, juguetones, que saltaron al cuello del abuelo, y empezaron á besar aquella vieja frente, que arrugó el estudio.

¡Soltad, soltad, no seais tan locos—exclamba el sabio—que tirais los libros!

—¡Los libros? ¿Tienen estampas?

—No,

—¿Y para qué los quieres? Abuelito, No tienen muñecos: ¡yo quiero un muñeco!

—¡Y yo, y yo!

—Vava dejadme, que estoy estudiando.

—¡Estudiando! ¡Pues si tú no vas á la escuela: tú eres grande! ¿Quién te pregunta la lección? ¿Mamá?

—Sonrió el filósofo y no supo qué contestar.

—Dejadme, dejadme,—repetía maquinalmente.

—¡Que nó! Yo quiero un muñeco. Hoy no se estudia; es domingo. Hazme el muñeco ó lloro. Sí, jí, jí!

—Y yo también lloro. Que no se estudia, ea!

Y Pepillo, el mas chico, antes de que el anciano pudiera evitarlo, agarró un volumen, le arrancó una hoja, y presentándola sonriente al abuelo, mientras le daba un beso en la mejilla, dijo:

—Tén papel: empieza.

Absorto ante la irreverencia, tomó el sabio el libraco y vió aquellos ejércitos de lineas, releyendo los cuales había pensado tantas veces en el bien del hombre, en la regeneración del mundo, en la *luz* que vendría.

Allí quedaba el título arrugado por la mano del nieto. *Lo Futuro*. Allí estaba su fórmula, su idea: *Los niños hechos viejos*. No se le ocurría decir nada: pero allá, muy dentro de sí, en su alcazar sin figura, que quizás él no llamase alma, sintió brotar algo confuso, como una revelación, como una sospecha..... Y apretando nerviosamente entre sus manos la hoja impresa, como un autómata iba doblándola y arrancándole pedacillos y dándole una figura imperfecta, grotesca, ridícula, pero humana; y cuando, terminada la tarea, vió á sus nietos batir palmas y reir satisfechos, sin saber lo que hacía, y tal vez para luego arrepetirse, rió también mucho, mucho, como si tuviera seis años, y acabó de destrozar el volumen para hacer más *hombres*, y amedida que los iba *engendrando* reía más, más; como si columbrara por única redención de la humanidad una fórmula más santa, un ideal más puro:

¡Los viejos hechos niños!

JOAQUIN LOPEZ BARBADILLO